

# “Tú eres el Cristo, el Hijo...”

George Davis y Michael Clark

---

## *Una palabra de los autores*

Recientemente nos sentamos juntos para contemplar los días que venían por delante. Los dos sentimos que estamos entrando en un tiempo de transición y muchos de vosotros habéis escrito y testificado lo mismo en vuestro propio caminar. El Señor me trajo a la mente las palabras de Jeremías 1:10. “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar.” Con esto no decimos que hayamos sido llamados a presidir naciones y reinos. Pero sí sentimos fuertemente que el Padre nos está sacando de una larga y gloriosa estación en la que hemos escrito audazmente y en la que hemos trabajado con Él en *desarraigar* y *derribar* la basura religiosa de los hombres (Nehemías 4:10) que obstaculiza Su propósito eterno. Los dos sentimos que en general, esta estación se ha terminado y el Señor quiere empezar a usarlos para *edificar* y *plantar*. Sentimos que esta enseñanza es de esa naturaleza. Si tienes anhelo de conocer sobre tu llamamiento y destino EN CRISTO EL HIJO, os animamos a seguir leyendo. ¡Añadimos nuestras oraciones a estas palabras para que veáis en lo más interno de vuestro ser que el Espíritu se ha estado esforzando por revelar en nosotros! *George y Michael*—Julio 2003.

*(Nota: A todo lo largo de este discurso, usamos el término hijo e hijos como lo hacen las Escrituras, pero en lo que se aplica a los elegidos de Dios, también incluye a las hermanas en Cristo. Ved nuestro artículo “Hermandad, Varón y Mujer los creó”.)*

-----

## ***¿Quién dicen los hombres que es el HIJO DEL HOMBRE?***

¿Quién habría pensado que una pregunta tan aparentemente simple como la planteada por Jesús, pudiera encender una controversia religiosa que duraría durante casi 2000 años? Los comentarios y las opiniones de los hombres sobre este pasaje son numerosos y diversos. No deberíamos fiarnos por las apariencias en una pregunta tan importante, ni tampoco pasarla de largo como algo trivial, puesto que Jesús no estaba buscando información como si no conociera los pensamientos de los hombres (lee Juan 2:25). Esta pregunta fue formulada de tal modo con el fin de llevar al oír a una revelación particular—la revelación del fundamento o la roca sobre la que se edifica la iglesia (los llamados fuera). Con esto en mente, unámonos a Jesús y a Sus discípulos en ese día fatídico en las costas de Cesarea de Filipo, en el que Jesús preguntó: “¿Quiénes dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” (Mateo 16:16).

La auto-designación el *Hijo del Hombre* (*ho huios tou anthropou*), implicaba connotaciones mesiánicas y proféticas. Jesús lo usó en conexión con su misión como el Mesías sufriente, que ha de ser levantado de la tierra para atraer hacia sí a todos los hombres (Juan 12:34). Esta designación también fue usada por los profetas del Antiguo Testamento (lee Ezequiel 2:1 y Daniel 8:17). Jesús se había convertido en un personaje

popular por causa de sus poderosos milagros. Todo el mundo hablaba de Él en la nación. Todo el mundo parecía tener alguna idea sobre quien era Él y lo que Él era. Muchos lo vieron como nada más que un profeta. Esto lo refleja la respuesta del discípulo a Su penetrante pregunta, “Algunos dicen que Juan el Bautista, otros Elías, y otros Jeremías o uno de los profetas.” Israel podía recibir a Jesús como a profeta reencarnado, pero tenían esperanzas mucho mayores en el poder del Mesías prometido. El humilde Jesús no encajaba con sus expectativas de un emancipador que conquistara y los liberara del yugo de la tiranía romana.

Pero Jesús llevó a Sus discípulos un paso más adelante, “¿Pero quién decís vosotros que Yo soy?” Sus preguntas siempre eran diseñadas con el fin de llevar a los hombres a pensar más allá. En una inspiración como un rayo, Simón Pedro contestó, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Jesús contestó, “Bienaventurado eres, Simón Bar Jonas, porque ni carne ni sangre te revelaron esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo también te digo que tu eres Pedro (*Petros*) y sobre esta roca (*Petra*), edificaré mi iglesia, y la puertas del Hades no prevalecerán contra ella”: (Mateo 16:17-18). Una vez más considera la elección de palabras aquí. Simón, el nombre dado a Pedro por su padre de carne y sangre, atrae nuestra atención hacia el parentesco natural de Pedro. *Simón hijo de Jonás*. Jesús estaba diciendo que nada de lo que Pedro había recibido de su padre de *carne y sangre*, podría ayudar o participar en su revelación divina. Pedro no tuvo la visión de quién era Jesús porque poseyera la inteligencia de su padre terrenal o porque se hubiera sentado a los pies de los más prestigiosos maestros del judaísmo. Las habilidades naturales no tienen parte en ello en absoluto. “... *la carne para nada aprovecha*” (Juan 6:63). Simplemente, esta revelación tenía que ver con dos padres, uno terrenal y otro celestial, y sus hijos. Uno terrenal y uno celestial, uno impulsivo y religioso y el otro simplemente obediente.

Estamos convencidos de que Jonás se enorgullecía del hombre en el que se había convertido Simón. Simón había aprendido la tradición familiar desde su juventud y había crecido para participar de los valores familiares y de lo que quizás fuera una imagen de espejo de su padre terrenal. ¿Qué más podría querer un padre? Cuando miras a lo largo de las Escrituras, descubres que la norma divina de la revelación es ésta simplemente, *primero lo natural, luego lo espiritual*. En el telón de fondo de la relación natural de Simón con su padre terrenal, Jesús expondría una relación divina con Su Padre celestial. Pero aún más, esta ocasión serviría como el momento oportuno para que el Padre del Cielo expusiera orgullosamente a Su amado Hijo.

Así pues, ¿Qué tiene todo esto que ver con la roca fundacional (*Petra*) sobre la que Cristo edifica a Su asamblea de los llamados fuera, piedras vivas? ¿Cuál es la roca de la *ekklesia*? ¿Es como suponen algunos, Pedro (*Petros*)? Solo si puedes edificar toda una casa sobre un guijarro. Un *Petros* no es material de cimiento porque es una piedra separada, “que puede ser fácilmente desechada o quitada” (W.E. Vine). Pedro era material de construcción en las manos de Dios, como lo somos todos nosotros, pero esta revelación no tenía nada que ver con Pedro, como tampoco tiene que nada que ver con nosotros todo lo que Dios está haciendo ahora. La *Petra* o roca de cimiento sobre la que es edificada la comunidad de los llamados fuera es mucho mayor que un *Petros*.

Las palabras *sobre esta roca edificaré* implican un fundamento. *Sobre esta roca*, sobre este fundamento, *edificaré Mi Iglesia* (lee también Lucas 6:47-49). Así que en lugar de

preguntar si Pedro era la roca de referencia aquí, preguntémoslos, “¿Cuál es el fundamento de la Iglesia?” Esto le da un giro distinto. Si Pedro fuera la roca-fundamento a la que hace referencia esta pasaje, ¿Por qué no hay escrituras que apoyen y confirmen esto? Algo tan importante como el fundamento del Templo de Dios de piedras vivas, tendrá que ser verificado consistentemente a lo largo de todas las escrituras. Si Pedro fuera la roca, el fundamento, ciertamente el resto de los apóstoles le habría aclamado como la roca y Pedro habría aparecido en el libro de los Hechos como la última palabra en todo el gobierno y la toma de decisiones en la iglesia. Ciertamente un punto tan importante habría sido incluido como fundamental en la enseñanza de los apóstoles.

No. Es cierto que Pedro, la pequeña piedra movable (*Petros*), no era la (*Petra*), el fundamento masivo de la ekklesia. El profeta Isaías predijo quién habría de ser esa Roca y fundamento cuando dijo, “Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.” (Isaías 28:16). Es sobre *este* Fundamento sobre el que hallan reposo las piedras vivas del Templo de Dios.

Si la roca de la que habla Jesús no es Pedro, entonces el fundamento o *Petra* de la asamblea de los llamados fuera debe ser la revelación de que Jesús es el Cristo, ¿verdad? Casi sin excepción, este es el consenso a lo largo y ancho de todo el protestantismo hoy día. Prácticamente todos los comentarios y notas bíblicas coinciden en este punto. Sin embargo, esto presenta un problema cuando consideramos que todos los discípulos con la excepción de Judas, ya creían que Jesús era el Cristo. Si es así, ¿Por qué Jesús engrandeció tanto las palabras de Pedro? Esto no suponía ninguna revelación nueva a ninguno de ellos. Es cierto que éste era el tema de discusión entre ellos en un principio, cuando comenzaron a abandonarlo todo y a seguirle a Él. El mensaje que Simón (Pedro) escuchó de Andrés fue, “¡Hemos encontrado al Mesías! [que es interpretado como Cristo] (Juan 1:41). Dios ya había abierto sus ojos para ver a Jesús como al Cristo. Simón nunca habría dejado sus redes si no hubiera creído esto mucho más que esos hombres que creen que Jesús era un mero profeta en muchas de las religiones orientales que afirman seguirle hoy día.

Si la roca fundacional no es completa y totalmente el Mesianismo de Jesús, entonces, ¿Qué es? ¿Cuál fue la nueva y bendita revelación que el Padre mostró a Pedro? ¿Qué cosa en las palabras de Pedro hicieron que Jesús le alabara? ¿Qué es lo que el Padre desea revelar? Para responder a estas preguntas, volvamos al Jordán el día memorable en el que Juan el Bautista metió humildemente a Jesús a las turbias aguas del Jordán para bautizarle. Cuando Jesús salió del agua, Juan vio los cielos abiertos y al Espíritu descendiendo sobre Él como paloma. Después se oyó la voz de un Padre complacido diciendo, “¡Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia!” (Mateo 3:17). ¡El deleite del Padre es el *Hijo*! Solo el Padre puede revelarle porque “Nadie conoce al Hijo sino el Padre” (Lucas 10:22). Ver al Hijo tal y como Él es, es ver al Padre, porque Jesús dijo, “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 14:7).

La gran revelación a Pedro sobre la que se edifica la *ekklesia* o *comunidad de los llamados fuera*, es “Tú eres el Cristo, el **Hijo** del Dios viviente”. Porque Dios amó al mundo, envió al mundo la expresión más pura de Su amor. Envío a un Hijo que expresó

sin fallos Su resplandor e imagen expresa (lee Hebreos 1:3). La Escritura no dice que Dios amara tanto al mundo que por ello dio al Mesías, aunque ciertamente Jesús es el ungido. Tampoco dice que amara tanto al Mundo que por eso dio a un profeta, aunque Jesús ciertamente era profético. ¡No! Dios amó tanto al mundo “que dio a su unigénito *Hijo...*” Como padre, Dios dio lo que era más querido para Él. Podríamos haber dudado de Su amor si hubiera enviado un profeta (e incluso podríamos haber dudado de la autenticidad de *ese* profeta), pero Él nos ama tanto que envió a Su unigénito Hijo, el Hijo de Su amor. Si tienes hijos, intenta ponerte en Su lugar. Trata de ver el sacrificio tan grande que fue para Él, y como tuvo que sufrir Su corazón de padre viendo a Su unigénito Hijo sufrir tanto rechazo y la muerte de la cruz. ¡Tanto nos ama Él a ti y a mí! Si no comprendemos esto, permaneceremos en la duda respecto del amor de Dios por nosotros. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gál. 4:4), no un profeta o un maestro, sino Su Hijo. *Esta* es la revelación que los fariseos no podían recibir, pero que los demonios proclamaban en cuanto veían a Jesús (lee Mateo 8:29).

En Mateo 22:40 Jesús preguntó a los *fariseos*, “¿*Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es él Hijo?*” Jesús vuelve a preguntar lo mismo una vez más. Los está guiando. Ellos contestaron, “El Cristo es el Hijo de David” ¡Respuesta incorrecta! Contestó Jesús. “¿Entonces por qué David le llama ‘Señor’?” David, proclamando por el poder del Espíritu Santo dijo, “Dijo el Señor a Mi Señor, siéntate a Mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. (Salmos 110:1). “David llama al Cristo ‘Señor’, de manera que, ¿Cómo puede ser el Cristo su hijo?” Ninguno de los fariseos podía contestar o respondería a la pregunta de Jesús porque obviamente solo había una respuesta correcta y o bien eran incapaces o no estaban dispuestos a ir a ese punto. Ir ahí era admitir que Jesús tenía una posición de autoridad por encima de ellos, algo que no aceptarían por temor a perder su posición (lee Juan 11:45-48). ¡Qué anticristo es nuestro orgullo, cómo anhela poder y posición!

La frase de Jesús, “David llama a Cristo ‘Señor’, así que ¿Cómo puede ser el Cristo su hijo?” los dejó sin palabras e incluso más decididos a librarse de Él. ¿De quién es hijo el Cristo? Si no es el Hijo de David, entonces, ¿De quién es él hijo? Por eliminación, Jesús los llevó a la única conclusión posible. Estaban buscando al Mesías, el hijo de David. En todo su estudio de las escrituras, no habían visto al *Cristo, el Hijo del Dios viviente*. ¡No podían ver la bendita revelación que Pedro había visto! El quid de la cuestión siempre es simplemente: ¿Qué piensas del Cristo? ¿De quién es Él Hijo?

¿Cómo nos referimos a Jesús como “el Hijo de Dios” de una forma tan trillada y superficial los creyentes hoy día? ¿Se ha convertido esto en algo que inconscientemente repetimos como un loro, pero tenemos verdaderamente la revelación del Hijo? ¿Ha *revelado* el Padre a Su Hijo a nosotros y en nosotros? La revelación del Hijo es la revelación fundamental de todo lo que Dios está haciendo en este nuevo y eterno pacto, y es clave para el entendimiento del propósito eterno del Padre.

Jesús dijo a Nicodemo que todo aquel que crea en el Hijo, “no se perderá, sino que tendrá vida eterna” (Juan 3:16). Esto es crítico, puesto que no dice que quien crea que Jesús es el Mesías, tendrá vida eterna, sino *quien crea en el Hijo*. Esto no es un mero juego de palabras. Puesto que el **Hijo** “tiene vida en Sí” (lee Juan 5:26), y el Padre desea que “todo el que vea al Hijo y crea en Él, tenga vida eterna” (Juan 6:40). La cuestión que da vida es simplemente ésta; ¿vemos al Hijo? Y si Le vemos, ¿creemos en

Él? El evangelio y las epístolas de Juan fueron escritos con este expreso propósito en mente.

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.” (Juan 20:31)

“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al *Hijo de Dios* no tiene la vida.” (1ª Juan 5:1-12)

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.” (1ª Juan 5:13)

“Pero sabemos que el *Hijo de Dios* ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.” (1ª Juan 5:20)

Esta es la roca sobre la que se edifica la familia de Dios—Cristo, el Hijo del Dios viviente. La vida cristiana no va de ser bueno y moral. Va de nosotros viviendo en el Hijo y en Él, viviendo en y a través de nosotros. No importa lo noble y digno de alabanza que sean nuestros actos, no serán aceptados por el Padre si no brotan de la vida de Su Hijo.

¡Que el Padre nos revele lo que significa creer y morar en el nombre del Hijo de Dios! Que podamos “vivir por la fe *del Hijo*” (Gál. 2:20) y experimentar la misma vida interior que creó todas las cosas y les dio vida, esa vida eterna que existía en el Padre y en el Hijo antes de que comenzara el mundo. ¡Esta vida eterna está en el Hijo de Dios! ¿Sabemos lo que significa verdaderamente morar en Él, y al hacerlo, morar en la vida eterna? “El que tiene al Hijo tiene la vida. El que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”. ¡Que el Padre en los Cielos abra nuestros ojos para ver a Su amado Hijo, para que podamos creer en Su nombre en una medida cada vez más profunda!

La *ekklesia* o *comunidad de los llamados fuera*, se reúne y edifica sobre la revelación de Cristo como el Hijo. Su *ekklesia* no es una institución sino una *familia* en la que todos los que creen en Él son hermanos porque tienen al mismo Padre. Dios obra constantemente por Su Espíritu en los que son llamados hijos para crear el parecido familiar en nosotros y para transformarnos a la imagen de Su Hijo, Jesús. Como familia, Jesús nos enseña a orar, “Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre”. ¿Cuál es Su Santo Nombre si no el de *Padre*? Si Él es nuestro Padre, entonces nosotros debemos ser hijos e hijas. El apóstol Pablo escribió: “Por esta causa doblo mis rodillas delante del Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia de Dios” (Efesios 3:14-15). La Roca es el Hijo y la iglesia es la familia de Dios. Dios envió a Su Hijo con el propósito expreso de traer muchos hijos (una gran familia) a la gloria (Hebreos 2:10).

En “Mero Cristianismo”, C.S. Lewis escribió:

“Sus primeras palabras [de la oración del Padre Nuestro] son *Padre Nuestro*. ¿Ves lo que significan estas palabras? Significan muy claramente que te pones en el lugar del Hijo de Dios. Para expresarlo sin rodeos, te estás disfrazando de Cristo. O si lo quieres de otro modo, estás fingiendo. Porque por supuesto, en el instante en que te das cuenta de lo que estas palabras significan, te das cuenta de que *no* eres un hijo de Dios. No estás siendo como El Hijo de Dios, cuya voluntad e intereses son uno con los del Padre. Eres un montón de temores centrados en tí mismo, esperanzas, ambiciones, celos y vanidad personal, todo ello condenado a la muerte. Así que, en un sentido, este disfrazarse de Cristo constituye un descaro escandaloso. Pero lo extraño es que Él nos ha ordenado que lo hagamos... Porque tú ya no piensas en lo bueno y lo malo; estás intentando contagiarte lo bueno de una Persona. Se trata más de pintar un retrato que de obedecer a un juego de normas. Y lo más extraño es que aunque por un lado es mucho más difícil que guardar unas normas, por otro, es más fácil.

El verdadero Hijo de Dios está a tu lado. Está comenzando a transformarte en la misma cosa que Él mismo. Por así decirlo, está comenzando a “inyectar” en tí Su naturaleza de vida y de pensamiento, Su Zoe. Está empezando a transformar el soldado de hojalata (el primer Adán) en un hombre viviente (el último Adán). La parte de tí a la que no le gusta, es la parte que sigue siendo hojalata....”

Jesús no fue enviado por Dios como un profeta al estilo de Elías, Jeremías o Juan el Bautista. ¡Fue enviado como un hijo para incitarnos hacia la condición de hijos con Su Padre! No fue un mensajero. Fue más que eso. EL ERA el Mensaje—la misma Palabra de Dios.

### ***¿Somos nosotros meros mensajeros o Hijos?***

El autor del libro de Hebreos trabajó para dejar claro este punto crítico en los primeros capítulos. Su enfoque fue simplemente que el Hijo es superior a los mensajeros porque Él trae una revelación superior del Padre. El Hijo trae “el resplandor y la imagen expresa” del Padre. Los mensajeros traen una palabra, mientras que el Hijo ES la Palabra. No importa lo glorioso que sea el mensajero o lo exacto que pueda ser su mensaje, palidece en comparación con el Hijo, que lleva la sustancia, la realidad, el resplandor y la imagen expresa del mismo ser de Dios. Es *esta* gran verdad lo que distingue al Hijo de meros mensajeros, proféticos o angélicos, que hablan en partes o porciones fragmentadas (lee Hebreos 1:1). Es esta misma comparación la que hace el autor de Hebreos en su introducción “al libro de las cosas mejores”.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a

Él por Padre, Y él me será a mí hijo? Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino.” (Hebreos 1:1-8)

Fíjate en el lenguaje de la familia en este pasaje: *un Hijo, el Hijo, Mi Hijo, engendrado, Padre, Primogénito*. La importancia de esto irá revelándose conforme avancemos.

Somos conscientes de que lo que vamos a escribir probablemente no sea bien recibido por los que se llamen “profetas” a sí mismos. Para algunos, perder su lugar, su título y ministerio, y crecer como hijos que solo buscan la gloria del Padre, es un precio demasiado alto que pagar. Las Escrituras hablan de un día en el que el profetizar en parte se acabará, así como el conocimiento parcial. Toda profecía es según conocimiento y por tanto, es en parte (lee 1ª Cor. 13:9). Pablo escribió, “Más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.” (1ª Cor. 13:10). El Padre tiene un día a la vista cuando ya no hablará en parte, como hicieron los profetas de antaño. Como hijos Suyos, somos llamados a manifestar el resplandor y la imagen del Padre, no en meras palabras, sino en nuestro propio ser.

Los profetas hablaron “en muchos fragmentos y por varios métodos” (Hebreos 1:1, Weymouth), dando una revelación incompleta del ser de Dios y de Su voluntad. “La verdad como un completo nunca es alumbrada en el Antiguo Testamento” (*Vincent*). Pero en estos últimos días Dios ha hablado clara y completamente *por un Hijo*. ¡Esto es muy importante! Porque se hace una comparación crítica entre el Hijo y los mensajeros proféticos y angélicos. Un mensajero trae un mensaje parcial fragmentado. El Hijo es la “expresión sin fallos de la naturaleza de Dios, él mismo el principio sostenido de todo lo que es” (J. B. Phillips). Uno trae una palabra, el otro, la Realidad. Como Jesús dijo a Felipe, “Si me has visto a Mí, has visto al Padre”.

En este pasaje, las palabras *un Hijo*, ponen el énfasis no solo en Jesús, el Hijo, sino también en el principio de la condición de hijo como una representación de Dios más verdadera y más completa. Ciertamente, Jesús es el Hijo y ¡tenemos cuidado de no quitar nada de eso! Pero primero tenemos que considerar a Jesús un Hijo y lo que esto significa a los que son predestinados a ser conformados a Su imagen (Romanos 8:29). El énfasis aquí no es solo en *el unigénito Hijo*, sino también en *el primogénito entre muchos hermanos*. Él es *el Hijo*, pero Él también es *un Hijo*, uno de entre muchos. Jesús es el primogénito de entre muchos hijos. Los hijos comunican la imagen del Padre con una efectividad que está mucho más allá de todas las capacidades de los profetas y de los ángeles. Los mensajes fragmentados de los profetas revelan un cuadro fracturado, pero el Hijo es el resplandor y la imagen exacta. Los profetas y los ángeles trajeron una revelación parcial e incompleta mediante oscuras predicciones (Salmos 78:2); el Hijo es la vida y la luz de los hombres.

Vemos entonces que las palabras son un medio de expresión secundario e inferior incluso cuando son pronunciadas por los mejores hombres redimidos y los maestros y profetas más dotados. Tal y como lo expresó un viejo santo amado, “en el mejor de los casos, estamos hablando los idiomas de Babel”. Cuando Pablo fue llevado al tercer cielo, vio cosas que eran “ilícitas de expresar.” Estaban más allá de las palabras. Solo

Dios es glorioso y Él ha escogido comunicar Su gloria con muchos hijos a través de una comunicación que va mucho más allá de las palabras. Los hijos no tienen gloria propia. Su gloria es el resplandor y la imagen exacta de su Padre. Como el Hijo que oró, “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5), los hijos han negado su propia gloria. Buscan ser adornados con el propio ser de Dios, manifestándole solo a Él. Esto es lo que hace de los hijos mejor que meros mensajeros, apóstoles, profetas, maestros, etc., aunque estos también pueden manifestar al Padre solo en tanto en cuanto sean Sus hijos. Fíjate que hacen falta muchos hijos e hijas en Cristo para manifestar completamente al Hijo, así que como hijos no solo *no* quitamos de la gloria del Hijo, sino que la traemos como muchas luces que alumbran en un mundo oscuro. “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Efesios 5:8).

### ***El más pequeño en el Reino***

Dios dijo, “He aquí, envío mi mensajero (Hebreo *mal'ak*, Gr. *Aggelos*), y preparará el camino delante de Mí”. (Malaquías 3:1, Mateo 11:10). Esta es una profecía sobre el advenimiento del precursor, Juan el Bautista. Dios honró grandemente a Juan cuando le llamó “mi mensajero”. Y sin embargo, Jesús dice de Juan, “De cierto os digo: Entre los que NACEN DE MUJER no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero EL MAS PEQUEÑO en el reino de los cielos, mayor es que él.” (Mateo 11:11).

La clave para entender este pasaje se encuentra en dos frases, *nacido de mujer y en el reino*. Juan era un Profeta del Antiguo Testamento a quien mataron antes de que el reino que él predicaba llegara por completo. Nacido una vez y nacido de mujer, pero los que están en reino del Padre, nacen dos veces. Si no, no estarían en el reino. Lo que nace de la carne, sigue siendo carne. Lo que nace del Espíritu, es espíritu y nadie puede ver o entrar al reino de Dios a menos que nazca de nuevo (Apadrinado, Lee Juan 3:3,5). Los que están en el reino no son meros hombres de Dios, sino *hijos de Dios*, nacidos del Padre, y el menor de estos es mayor que cualquier profeta.

El profeta Moisés fue llamado “el hombre de Dios” (Esdras 3:2). Nunca fue llamado un *hijo* de Dios. Ninguno de los profetas recibió esta distinción. No hay duda de que fueron grandes entre los nacidos de mujer, pero ¿“A cual de los mensajeros dijo Él en alguna ocasión, “¡Tú eres Mi Hijo! Yo te he engendrado hoy” Y otra vez, “Le seré a Él por Padre, y Él Me será a Mí por Hijo” (Hebreos 1:5)?

Jesús fue el Hijo perfecto, reflejando la huella exacta del ser de Dios. Los mismo es cierto de los hombres maduros. En conjunto son llamados a una expresión más alta. Son llamados a ser transformados a la imagen del Hijo y a reflejar el resplandor y la imagen de Dios el Padre. Traen más que un mensaje. *Son* el mensaje--¡epístolas vivas!

Hace muchos años, Yo, Michael, oré, “Padre, hazme tu Hijo para que solo haga las obras que yo Te vea hacer y hable solo las palabras que Te oiga decir”. Tuve tiempo suficiente para pensar para mí mismo, “¡Vaya oración justa que acabo de hacer!, cuando el Señor dijo, “No, hijo mío, ése es solo el punto de partida”. Poco después de eso, me encontraba enseñando en un estudio bíblico hogareño a un grupo de santos. Cuando terminaba la reunión, una querida hermana mayor llamada Mary vino y me dijo, “Diste un buen mensaje. Pero Dios quiere que sepas que cuando Él haya terminado contigo, no tendrás que preparar un mensaje, ¡tú SERÁS el mensaje!” A lo largo de los años de

pruebas y desierto por los que Él me ha puesto desde entonces, nunca he olvidado sus palabras. La verdadera transformación solo llega por la operación de la cruz que trata con nuestra tendencia a hacer lo que NOSOTROS queremos y a hablar NUESTRAS mentes. La muerte de este comportamiento infantil vale la pena, porque el llamado de Dios siempre es hacia arriba, hacia el patrón de Su Hijo. Yo no digo que ya haya “llegado”, pero más bien ahora SI QUE VEO que no se trata de mí, sino del Mensaje en mí.

Somos completamente conscientes de que la mayoría de los traductores han traducido indiscriminadamente *aggelos (mensajero)* como *ángel*, a menos que hayan sido forzados a hacer lo contrario por el contexto de la escritura. En muchos casos han estado en lo correcto. Pero debemos tener cuidado en fijarnos en la repetidas referencias a los mensajeros proféticos en los primeros capítulos de Hebreos. Incluso hasta en el capítulo tres, se sigue haciendo la comparación de la superioridad de un Hijo sobre los mensajeros proféticos. El autor de Hebreos estaba claramente intentando enfatizar este punto. Parecía cambiar de opinión entre los mensajeros proféticos y los mensajeros angélicos, siendo ambos inferiores en testimonio al más pequeño en el reino de los cielos.

Aunque Moisés “fue fiel en toda Su casa” (Hebreos 3:2), ÉSTE (Jesús, el Hijo), “ha sido considerado digno de una gloria mayor que Moisés, puesto que mayor honra tiene el que construye la casa que la casa misma” (versículo 3). Luego llegamos al versículo seis, que comienza diciendo, “Pero Cristo fue fiel como un hijo”. Moisés fue fiel como un profeta y estamos agradecidos de que lo fuera. ¡Pero Jesús fue fiel como *un Hijo!* Esta es la fidelidad a la que es llamado todo creyente nacido de nuevo. No solo una fe expresada en palabras, sino una que sigue el patrón como verdaderos hijos e hijas del Padre, que son el resplandor de Su gloria y las representaciones de Su esencia.

Hubo una fuerte tendencia a elevar a los mensajeros proféticos fallecidos más allá de lo razonable en la sociedad judía. Decoraban con orgullo las tumbas de los profetas en un esfuerzo por disculparse y distanciarse de sus padres, que habían asesinado brutalmente a estos hombres de Dios. De manera que elevar a estos mensajeros ausentes se había convertido en una tradición nacional, una tradición que incluso Pedro, Santiago y Juan, se esforzarían por guardar el día fatídico cuando subieron con Jesús al “monte de la transfiguración”. Ahí vieron a Jesús hablando con dos de los mensajeros favoritos de Israel, Moisés y Elías. Eran superestrellas entre los profetas. Naturalmente, Pedro quiso hacer lo correcto por todos ellos sin distinción alguna, haciendo tres tabernáculos, uno para Jesús, otro para Moisés, y el otro para Elías. Ahora bien, eso suena equitativo, ¿verdad? Pero al hacer eso, Pedro no solo estaba intentando inmortalizar el instante, sino que estaba poniendo igualmente a Moisés y a Elías al mismo nivel que el Hijo de Dios. Estaba rebajando al Hijo de Dios al nivel de mero mensajero profético. Hablando de Pedro, la narración dice, “Porque no sabía lo que decía”. Entonces, la voz correctora de Dios tronó desde el cielo, “Éste es Mi Hijo amado. A Él oíd...”

En términos generales, el énfasis entre el pueblo de Dios hoy es puesto en la exactitud del mensaje, y se da una gran importancia a los mensajeros y maestros en nuestras reuniones. Esto es reflejado por un número indecible de doctrinas, credos, y ordenanzas que son tan variados como numerosos. Somos muy cuidadosos con nuestras palabras. La pieza principal de nuestras reuniones es el púlpito y la función más importante, el sermón. Por tanto, los mayores entre nosotros son los elocuentes y los preparados, los

únicos tenidos por dignos de ser elevados a este venerado lugar y función. Si no crees esto, solo mira a la lista de títulos y grados que ponen sus nombres en paréntesis como un marco dorado alrededor de un retrato. ¡Pero Dios busca a los que no van a glorificarse a sí mismos, sino a los que Le glorifican a Él! Todavía Él pone Sus tesoros en vasos de barro terrenales y usa lo débil y lo necio para confundir a los sabios de este mundo.

El habla en nuestra cultura es muy importante, pero imagínate por un instante, si es que puedes, que por algún milagro, fuéramos incapaces de hablar. ¿Cómo comunicaríamos nuestra fe a los demás? Y aún más, ¿Cómo revelaríamos el Padre a este mundo agonizante? Hay solo una manera, y es el resplandor y la imagen expresa de Dios dentro y fuera de Sus santos. Como un Hijo, Jesús llevó la imagen expresa de Dios. Si, predicó las buenas noticias a los pobres, pero solo después de ser Él la manifestación de Su Padre. Este es el llamado de todos los hijos e hijas de Dios. Si no conocemos a Jesús como a un Hijo, no podremos entender nuestra relación como hijos con el Padre. ¡Jesús no sufrió y murió para llevar a muchos apóstoles, a muchos profetas, a muchos evangelistas, a muchos pastores y maestros, sino a *muchos hijos* a la gloria!

### ***El primogénito dirigiendo a Muchos Hijos***

En Hebreos capítulo uno, versículo seis, se hace referencia a Jesús como el *Primogénito*. Esto nos dice dos cosas. Una, Jesús, como el hijo primogénito del Antiguo Testamento que tiene una posición superior y recibe la herencia plena de su padre (lee Éxodo 4:22, Deum. 21:16,17). Y dos, “primogénito”, implica que hay más de un hijo.

El desarrollo del propósito eterno de Dios en Su Hijo Primogénito lo encontramos en Hebreos 2:9-10. “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor (*archegos* {ar-khay-gos}) de la salvación de ellos. Jesús es el *archegos*—el líder de una fila o columna, el comienzo de una serie gloriosa de hijos—“la asamblea general e iglesia de los primogénitos.” (Lee Hebreos 12:23).

Daniel Steel, el erudito bíblico, explica:

“Hay una palabra en el Testamento Griego que describe con exactitud esta relación de Jesús con el desarrollo de los hijos de Dios. El término *archegos* es traducido desafortunadamente por tres palabras inglesas en los únicos cuatro pasajes en los que aparece. Está compuesto de dos palabras griegas que significan *comienzo* y *dirección*. La mejor traducción sajona sería *líder que encabeza una fila*. Así declara Pedro en su acusación a los Judíos: “Y matasteis al líder (que encabezaba) de la vida (autor de la vida) a quién Dios resucitó de los muertos” (Hechos 3:15). Y una vez más, ante el Sanedrín, pronuncia estas palabras sublimes: “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.” (Hechos 5:31). El oficio de Cristo como iniciador de una serie gloriosa queda totalmente claro en Hebreos 2:10: “Porque convenía a aquel por

cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.” Aquí vemos no con los ojos caprichosos del poeta sino con una visión ungida de inspiración, Jesucristo marchando a la cabeza de una larga columna, “muchos hijos”, llevándolos a los portales bien abiertos del cielo, hasta que estén finalmente en la explosión de su gloria más recóndita, un círculo alrededor del trono sobre el que Él se sienta”.

En el capítulo uno de Hebreos vemos a un Hijo, “el Hijo unigénito”, en el capítulo dos vemos muchos hijos. Entre el Unigénito Hijo y los muchos hijos, está la cruz. Así es que Jesús fue hecho inferior a los ángeles por el sufrimiento de la muerte. Jesús habló sobre esto utilizando el lenguaje de la agricultura. “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo (*el Hijo*) no cae en la tierra y muere (*la cruz*), queda solo (*el unigénito del Padre*); pero si muere, lleva mucho fruto (*primogénitos entre muchos hermanos, llevando a muchos hijos a la gloria*)”. (Juan 12:24, énfasis nuestro)”.

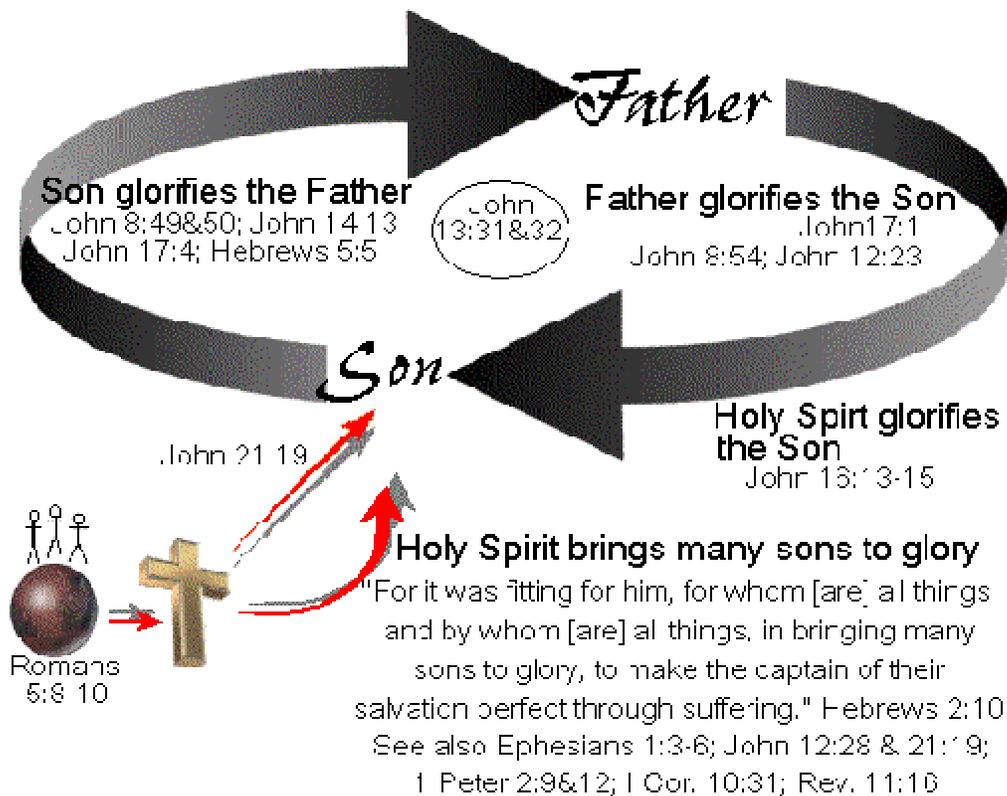
Es imperativo que comprendamos a Jesús como un Hijo, y que veamos Su condición de hijo como la roca sobre la que se edifica la iglesia. La revelación de Jesús como un Hijo es fundamental para el cumplimiento del deseo paternal de Dios de tener una familia más grande, todos ellos llevando la imagen o parecido de la familia.

La condición de hijos implica semejanza. Los que son nacidos de Dios son hijos de Dios, predestinados a ser transformados a la imagen del Hijo. Cuánto más exactamente Le veamos a Él, más seremos transformados a Su imagen, la imagen de Dios. No se puede enfatizar demasiado la importancia de ver con exactitud al Hijo modelo. Cuánto más Le vemos como Él es, más somos transformados a su misma imagen. ¡Nada más y nada menos este es el “avivamiento” tan desesperadamente necesitado entre el pueblo de Dios hoy día!

La verdadera reforma no tiene nada que ver con arreglar o reparar un sistema eclesiástico, sino el resultado de una revelación de Cristo el Hijo forjada por el Espíritu. Fue esta revelación traída en muchos hijos en el libro de los Hechos lo que puso al mundo conocido en vilo. No hay ningún cambio verdadero ni duradero sin esto. Todo lo justo y eterno brota del Hijo. El poder para ser testigos del Reino viene de una revelación personal de Cristo el Hijo.

A menos que el Padre glorifique a Su Hijo en nuestros ojos, nunca podremos nosotros hacerle glorioso a los demás. A menos que Él sea revelado en nosotros, no podremos realmente comunicarle a un mundo perdido. El mundo no ha dejado de tener a Cristo por falta de oír nuestras palabras sobre Jesús. El mundo permanece sin Cristo por no *verle* como Él es, *la imagen exacta* de Dios. Esa imagen ha de verse en muchos hijos como miembros de Su cuerpo (lee 1ª Corintios 6:15).

La gloria es como un círculo en el que los participantes dan honra a los demás que hay en el círculo y nunca la toman para sí. Esta es la naturaleza del amor *ágape* en acción. El Hijo glorifica al Padre. El Padre glorifica al Hijo. Cuando los hijos, por el Espíritu de Cristo dan honra al Padre y son conformados a la imagen del Hijo, son tomados en ese mismo círculo de gloria.



“Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Juan 17:1). Antes había sucedido algo muy significativo mientras Jesús oraba, “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros” (Juan 12:27-30). El Padre respondió, “Lo he glorificado y lo GLORIFICARÉ otra vez”. ¿Después dijo que la voz vino por causa nuestra! ¿De que podría estar hablando si no de “muchos hijos a la gloria”, el camino de la cruz? (Lee también Juan 11:40, 13:32, 14:13, 15:8, 16:14, 17:4, 17:5, 17:10, 17:22, 17:24, 21:19).

En Apocalipsis capítulo cuatro vemos un interesante pasaje que habla de la gloria que existe entre el Padre y los santos. Los veinticuatro ancianos estaban adornados por el Padre con túnicas blancas y coronas.

Cuando las criaturas vivientes dan gloria y honra y dan gracias a Aquel que se sienta en el trono, que vive eternamente y para siempre, los veinticuatro ancianos caen delante de Aquel que se sienta en el Trono y adoran a Aquel que vive eternamente y para siempre, arrojando sus coronas delante del trono diciendo, “Tú eres digno, Oh Señor, de recibir

gloria y honra y poder, Porque Tu creaste todas las cosas, por Ti existen todas las cosas que fueron creadas” (Apocalipsis 4:9-11).

Veinticuatro ancianos, todos ellos vestidos con túnicas blancas y coronas de oro, sentados en tronos. Pero en cuanto las cuatro criaturas vivientes delante del trono de Dios comienzan a dar gloria al Padre, los ancianos dejan sus tronos y arrojan sus coronas, postrándose delante de Él. Esto demuestra la naturaleza de este “círculo de gloria”, un deseo de siempre dar gloria al otro y nunca tomarla cada uno para sí. Esto es adorar al Padre en Espíritu y verdad. Este es el corazón de los hijos de Dios. Esta es la auténtica condición de hijos en acción.

Somos hijos no porque tratemos de vivir la buena vida Cristiana, sino porque el Padre ha enviado el Espíritu del Hijo a nuestros corazones. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.” (Gálatas 4:6-7). El verdadero cristianismo consiste en el Hijo que mora en nosotros y que vive Su devoción a *Abba* a través de nosotros. Pablo escribía sobre esto en Gálatas 2:20 “Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí. Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”.

### ***¡Todo esto no va de nosotros!***

La condición de hijos es central en todo. El Padre Eterno envió a Su Hijo Eterno para cumplir Su propósito eterno en llevar muchos hijos a la gloria. El mensaje popular de la salvación que escuchamos hoy día se centra principalmente en nuestra *herencia* en Cristo y lleva al nuevo creyente a concluir que el propósito exclusivo de Dios al enviar a Su Hijo es nuestra bendición y placer exclusivamente. ¡Se percibe como un mensaje que gira completamente a nuestro alrededor! Creer esta estrecha perspectiva es creer que Cristo murió por un fin no mayor que el hecho de poder tener una vida cristiana de sentirse muy bien, y después de morir, ir al cielo y pasar la eternidad en un estado de desahogo y de dicha absoluta.

Recientemente, (Michael) visité muchos de los monumentos y parques de la nación en el oeste de Estados Unidos con nuestra hija, Dina, y la hija de ella. Uno de estos monumentos era el famoso Monte Rushmore. En un museo pude ver las palabras de Thomas Jefferson grabadas en el granito. Procedían de la Declaración de independencia y decían:

“Consideramos que estas verdades son evidentes por sí solas, que todos los Hombres son creados iguales, que han sido dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.”

Parece que éste es el evangelio del cristiano moderno. Lo siento, pero este no es el propósito completo de Dios y Su creación de la humanidad. La única vida y libertad verdaderas que podemos tener están EN CRISTO. La búsqueda de la felicidad no es nuestra meta como hijos de Dios, sino más bien la búsqueda de Su voluntad perfecta en la tierra como en el cielo. David escribió: “Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el

Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios” (Salmos 146:5). La felicidad es como una mariposa. Mientras la persigas, revoloteará y se moverá por aquí y por allá, consiguiendo que te canses sin que llegues a atraparla. Si dejas de perseguirla, te sientas y te quedas quieto, hasta es posible que se pose sobre tu hombro.

Entre los cristianos hoy se habla poco de la herencia de Dios en los santos. El propósito de la obra redentora de Cristo se revela claramente en Su primer mensaje a Sus discípulos después de la resurrección. Se apareció a María Magdalena y dijo, “No me toques, porque todavía no he ascendido a Mi Padre, pero ve a mis hermanos y díles, “Asciendo a Mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan 20:17). Jesús no murió sobre el calvario para dar a luz una institución. Murió como el unigénito del Padre para que Él pudiera convertirse en el primogénito de entre muchos hermanos. Sufrió los horrores del calvario para que pudiera tener hermanos y para que el Padre pudiera tener muchos hijos adoptados. No murió para que Dios pudiera convertirse en la cornucopia de las bendiciones para mi vida, el que me facilita mis metas, el guardián que asegura mi búsqueda de la felicidad. Nada podría satisfacer tanto como el conocimiento de la vida en el Hijo, pero con tanta frecuencia renunciamos a ese alto llamamiento por algo muy inferior, cediendo lo eterno por un bocado de lo temporal (lee 2ª Corintios 4:16-18). ¡Cristo murió y resucitó para la gloria del Padre y para bendecirle, haciéndonos Sus hijos e hijas, viviendo para Su gloria, y llevando Su imagen!

Satanás intentó apartar a Jesús tentándole a “tomar un trozo de roca” aquí y ahora, pero éste no era Su carácter, Su nombre ni Su naturaleza. Soportó cada tentación que el enemigo le puso delante. Más tarde dijo a Sus discípulos, “Y todo lo que pidiereis en Mi nombre, Yo lo haré, para que el Padre pueda ser glorificado en el Hijo” (Juan 14:13). Cuando Jesús dijo, *en mi nombre*, quiso decir mucho más que simplemente añadir Su nombre al final de una oración. Pedir en el nombre de Cristo es pedir primero en Su carácter, en Su pasión por la gloria del Padre. Si estamos orando puramente por nuestros propios intereses, buscando nuestra propia gloria, no estamos pidiendo en el nombre de Cristo. Porque el Hijo solo busca la gloria del Padre y el Padre es glorificado solo en el Hijo.

Dios no nos pide, como tantos huérfanos, a luchar y a esforzarnos por ser como Sus Hijos. Su forma de capacitarnos y prepararnos es mostrarnos a Su Hijo para que Él pueda por Su Espíritu, transformarnos en esa misma imagen. Del mismo modo que Dios reveló a Juan una puerta abierta en los cielos antes de invitarle a subir (lee Apocalipsis 4:1), lo mismo sucede con el Padre. Él revela al Hijo como una invitación a subir *hasta ahí arriba*, para ser transformados, para ser llevados en las alas de Su Espíritu a las alturas y para entrar en las realidades de Aquel que es el deleite del Padre y para *ver las cosas que han de pasar en breve*. Pablo escribió:

“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, SOMOS TRANSFORMADOS DE GLORIA EN GLORIA EN LA MISMA IMAGEN, como por el Espíritu del Señor... Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el

entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es LA IMAGEN DE DIOS. Porque NO NOS PREDICAMOS A NOSOTROS MISMOS SINO A JESUCRISTO COMO SEÑOR, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del CONOCIMIENTO DE LA GLORIA DE DIOS EN LA FAZ DE JESUCRISTO” (2ª Cor. 3:16-18,4:3-6)

La gloriosa verdad del Nuevo Pacto es esta: todos somos llamados a ver la gloria del Señor y a ser transformados en la misma imagen. Nunca predicamos sobre nosotros o sobre nuestras necesidades. Más bien predicamos de palabra y de hecho que Cristo es la imagen de Dios. Y que el Dios de la creación que primero ordenó que la luz brillara en la oscuridad, que dijo, *sea la luz* y fue la luz, sigue hoy día ordenando que la luz de Su gloria resplandezca en nuestros corazones. La luz del conocimiento de la gloria de Dios se ve en el rostro de Jesucristo y nosotros somos transformados de gloria en gloria al verle a Él.

En un sentido final y progresivo, ¡la redención es más que un acto de golpe de crear en la obra consumada de Cristo! La redención completa incluye restauración, que significa una vuelta a su gloria y plenitud previas. Pero esto incluye aún más. Porque en Cristo el Hijo, el hombre es restaurado más allá de la imagen vacía y fracturada del primer Adán.

No hace mucho, la nave espacial Columbia explotó en pedazos de regreso a la tierra. Hay un enorme hangar en Texas donde se encuentran muchos de los trozos de la nave sobre el suelo. La suma de todos estos pedazos no muestra la imagen de la nave espacial en su gloria antigua. Como máximo, dan una pista de lo que pudo ser. Lo mismo sucede con el hombre. Desde que Adán y Eva comieran del árbol prohibido, ellos también explotaron en pedazos el significado de ser la *imagen* expresa y la *semejanza* de Dios.

### ***La imagen de Dios***

El apóstol Pablo nos dice que la degeneración de la sociedad y la Iglesia que es adversamente influenciada por esa sociedad, es la triste consecuencia de “cambiar la gloria del Dios incorruptible en la semejanza de imagen de hombre corruptible” (lee Romanos 1:23-25). Sin duda alguna, el mundo se tambalea por los efectos de esto. La historia lo testifica.

En el período conocido como el oscurantismo, la imagen de Dios era descrita tanto en el arte de esa época como en las doctrinas de la iglesia caída, como una austera cabeza de orden eclesiástico. Se veía a Dios como a alguien con una disposición severa y dura. El Cristo pobre, amoroso, humilde y peregrino, estaba velado. Se puso a otro Jesús (lee 2ª Corintios 11:4), revestido de oro y plata y adornado en el color púrpura de las ostentosas túnicas reales delante de los ojos de la gente. Y se llenaron de miedo delante de la imagen que ellos mismos crearon.

¡Realmente eran tiempos oscuros! Los líderes eclesiásticos tuvieron éxito en cambiar la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible. Crearon a

un Jesús a su propia imagen. A lo largo de la reforma, la sociedad fue directamente impactada hasta el punto de que Cristo, la imagen de Dios, volvió a ser vista. Al ser visto Cristo por lo que Él es, la sociedad y la iglesia cambiaron. Cambió el arte. Cambió la ciencia. Todo comenzó a reflejar esa imagen.

El verdadero cristianismo se basa totalmente en Dios creando Su imagen y semejanza en el hombre caído, y al hacer esto, en levantarlo hasta Su gloria. Todos sus tratos tienen esto por objetivo. Él se ha propuesto que todas las cosas sean conformadas a la verdadera imagen de Cristo. En Cristo, Dios vuelve a decir, “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Génesis 1:26).

En el principio, “Dios creó al hombre a Su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó (Génesis 1:27). La palabra hebrea para *imagen* en el pasaje de arriba es *tselem*—vacío, imagen, semblante (Strong). En el Salmo 39:6, se traduce *tselem* como *sombra*. “Ciertamente como una sombra es el hombre; Ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá.” (Salmos 39:6). En la versión New American Bible, este versículo dice, “Como meros fantasmas (*tselem*) vamos por nuestro camino; mero vapor, nuestras búsquedas agitadas; amontonamos tesoros sin saber para quién serán” (Salmos 39:6).

W.E. Vine nos da un sentido mayor a su significado. “*tselem*... algo que representa al original más de cerca, pero que carece de su característica esencial (realidad)... la palabra representa una “imagen de un sueño”. Tan gloriosos como Adán y Eva fueron, solo formaron la imagen de un sueño, una imagen vacía de Dios aún por cumplirse en su totalidad. Adán y Eva carecían la plenitud. Eran una obra en progreso.

Dios primero crea y luego llena. Creó la tierra y después la llenó de plantas y de criaturas vivas. Creó los océanos y después los llenó de peces. Creó al hombre del polvo de la tierra y sopló en él el aliento de vida, convirtiéndolo en alma viviente. Después creó a Eva de Adán. Adán y Eva fueron creados y animados por Dios, pero todavía les quedaba el ser llenos de Su plenitud. Dios tenía mucho más para ellos. Podían haber comido libremente del árbol de la vida y embarcado en un descubrimiento infinito e ilimitado de Su Creador. Podían haber sido llenos de Su plenitud, pero trágicamente comieron de un árbol que tenía un efecto totalmente distinto. Comieron del árbol del *conocimiento del bien y del mal* y se volvieron conscientes de ellos mismos (cubriendo su desnudez), en lugar de seguir siendo conscientes de Dios. Ahora fueron vencidos por deseos y pasiones por el bien y por el mal, deseos que no procedían de su Padre Celestial.

Recibieron la imagen vacía de Dios pero tenían que crecer en la *semejanza* (Hebreo *demooth*) de Dios. Esta palabra griega, *demooth* no significa similitud, sino “una semejanza”. Ezequiel dijo de los cuatro seres angelicales que vio en una visión, “En cuanto a su apariencia, las cuatro eran **de una misma forma** (*demooth*), como si estuviera una en medio de otra.” (Ezequiel 10:10). Compartían una misma semejanza. Aplicado a Adán y Eva, *demooth* significa la exacta semejanza de Dios, a la que estaban predestinados por medio del crecimiento y del desarrollo, a ser conformados. Cuando consideramos que Dios es Espíritu, esta semejanza debe consistir en más que meramente parecerse a Dios en imagen (como una mera fotografía), sino en ser como Él en esencia. Esta es la realidad que el último Adán, el Hijo de Dios, el Espíritu vivificador, trae a los que creen en Su nombre. En Él somos invitados a ser participantes

de la naturaleza divina (2ª Pedro 1:4) y a convertirnos en un espíritu con Él. “Pero el que se une al Señor, **un Espíritu** es con Él” (1ª Corintios 6:17). El primer Adán nunca cumplió esta semejanza porque solo fue en el mejor de los casos, de doble dimensión.

Para evitar que siguieran comiendo del árbol de la vida y que vivieran para siempre en ese estado caído, añadiendo mal al mal, Dios condujo a Adán y a Eva del paraíso y comenzaron a morir en su pecado. Así, se le negó temporalmente a la humanidad el cumplimiento completo de todo aquello para lo que fue creada. El hombre caído permanece como una imagen vacía, anhelando el parecido y la plenitud. Se esfuerza intentado llenar el vacío dentro de sí con el bien y el mal de este mundo. Pero nada en este *kosmos* puede satisfacer su insaciable sed de plenitud. El hombre es empujado a llenar este vacío, como un eco en el centro de su ser. ¡Estás a medio hacer! ¡Estás vacío! ¡Estás incompleto! ¡Tienes la imagen pero te falta el parecido!

Cristo Jesús, el Árbol de la Vida, es la respuesta de Dios al vacío del hombre. Él es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. A través de Su obra redentora, el camino al Árbol de la Vida está abierto de nuevo, y podemos conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento. Podemos “ser llenos con toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:19). El hombre no fue solo creado para llevar la imagen de Dios sino para ser lleno de la plenitud de Dios. El hombre es un mero vaso que permanece incompleto mientras sea *imagen sin semejanza*.

A diferencia del hombre caído que lleva la forma vacía de Dios, Cristo en Su plenitud es el resplandor de Dios y la imagen expresa. ¡Necesitamos una revelación fresca de Cristo, el Hijo del Dios viviente, y ser llenos de toda la plenitud de Él!

Nota: Cuando se usa la palabra *imagen* [Griego *eikon*] en este contexto en el Nuevo Testamento, habla de una manifestación completa de la cosa que representa, mientras que la palabra hebrea para imagen en el registro de Génesis es una mera sombra. Lee 2ª de Corintios 4:4-7).

En su libro, “La intención final”, DeVern Fromke, escribe:

“He sabido recientemente que la palabra “renovar” en Isaías 40:30 realmente significa “intercambio”. Por tanto, el texto podría traducirse correctamente: “Pero los que esperan en el Señor intercambiarán su fuerza”. ¡Este es el secreto! El cristiano cambia su antigua forma de vida y sus recursos por otra nueva. La debilidad es cambiada por fortaleza.

“Supongo (dice A.W. Tozer), que es inadecuado decir que Dios hace fuerte a su pueblo, pero debemos entender que esto quiere decir que se hacen fuertes en exacta proporción con su debilidad; la debilidad siendo propia y la fuerza siendo de Dios. ‘Cuando soy débil, entonces soy fuerte’ es como Pablo lo pone, y al proclamar esto, establece un patrón para cada creyente. Lo que ha sucedido es que ha cambiado de su pequeña batería humana al infinito poder de Dios.

“Ahora bien, recuerda que todavía estamos considerando el plan de Dios para nuestra participación, apropiación y cualificación. Este fue el primer plan de Dios que en ninguna manera ha sido cambiado por el pecado o por la Caída... veremos que los hombres han sido tan absorbidos por las maravillas de la salvación, que han perdido de vista la intención aún mayor de Dios para Sus Hijos.”

“Somos llamados no a meramente recibir Su vida, impartida por el nuevo nacimiento; somos llamados a una participación plena de la vida de Cristo. Somos llamados a no meramente disfrutar del capullo, sino a permitir la completa floración. Que nadie que siga permitiendo el dominio del propósito egoísta de la vida (del primer Adán), imagine que en alguna medida está participando personalmente de esta vida divina. Jesucristo solo vivirá un tipo de vida en nosotros: una vida derramada al Padre y a los demás. Es el cepo de esta hora actual que los hombres quieran una *crisis de impartición* de Su vida *para sí mismos*, pero que a la vez, tengan muy poco interés en manifestar Su vida para Dios.”

### ***El Hijo es la imagen restaurada de Dios***

Lucas traza el linaje de Cristo hasta el mismo “Adán, que fue el hijo de Dios” (Lucas 3:38). Pablo lo llamó el Primer Adán. Como el hijo de Dios, Adán en su vacío, “engendró un hijo a su propia semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set”. (Génesis 5:3). La humanidad fue creada para llevar la imagen de Dios, su semejanza y plenitud, pero durante los siguientes 4000 años, llevaría la imagen y el vacío del Primer Adán. De tal palo tal astilla, el hombre se había convertido en lo mismo que Adán.

Pero entonces, en el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, el Último Adán, para dar a luz a una nueva humanidad que una vez más recibiría el privilegio de perseguir la plenitud y de llevar la verdadera imagen y semejanza de Dios. Jesús es llamado el Último Adán porque Él es la última palabra en lo que el hombre ha de convertirse. Jesús vino a los Suyos y los Suyos no Le recibieron. Pero a los que Le recibieron, y *creyeron en Su nombre*, a ellos les dio potestad (derecho legal o poder notarial) de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:11-12). Adán fue creado para reflejar a su Padre-Creador. De la misma forma, todas las nuevas criaturas en Cristo han sido llamadas a ser hijos y como hijos, son llamados a reflejar la gloria y la semejanza de Su Padre celestial. ¡Eso es lo que hacen los hijos! ¡Reflejan a su Padre! Son el vivo retrato de su Papá. Juan describe a la gloria de Jesús en estos términos. “Y el Verbo se hizo carne y vivió entre nosotros, y hemos visto Su gloria, GLORIA como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

Captamos un vistazo de la gloriosa comunión entre el Padre y el Hijo en Juan capítulo diecisiete, cuando Jesús alza sus ojos al cielo y dice, “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.” (Juan 17:1,5). El secreto de Su gloria es contenido en esa oración de sumo sacerdote del Hijo

al Padre. ¿No era el Hijo glorioso en Sí mismo? ¡Si! Pero claramente hace referencia a una gloria mucho mayor aquí. El Hijo no podía glorificar al Padre en un sentido completo, a menos que el Padre Le glorificara a Él. “Glorifica a Tu Hijo, PARA QUE tu Hijo pueda también glorificarte a Ti”. ¿Por qué? Porque la gloria del Hijo es el propio yo del Padre.

Lo mismo que sucedió con el unigénito del Padre sucede con todos los hijos. ¡No somos llamados a reflejar nuestra propia gloria! Como Jesús, somos llamados a reflejar la imagen gloriosa de nuestro Padre. Pero esa imagen no es una imagen de un sueño, una huella sombría, como lo fue con Adán. Somos llamados a participar de la semejanza, plenitud y gloria del Hijo, que es glorificado con el propio ser de Dios.

Jesús continúa expresando Su deseo de que “todos ellos (todos los discípulos en todo el mundo, a lo largo de todos los tiempos) puedan ser uno, como Tú oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” (Juan 17:21). La palabra operativa en este texto es EN. La única forma de que yo pueda ser UNO con Dios, es que Dios esté en mí, y la única forma de que podamos verdaderamente ser UNO con los demás, es que Dios esté EN nosotros como Él está en ellos. Juan escribió, “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” (1ª Juan 1:7). Aquí está la comunión y la limpieza de todo aquello que pertenece al primer Adán.

Las palabras con las que empieza la primera epístola de Juan consisten en una invitación abierta a la comunión y la gloria del Padre y Su Hijo. “Os estamos escribiendo sobre algo que siempre ha existido pero que nosotros mismos escuchamos y vimos con nuestros propios ojos: algo que tuvimos la oportunidad de mirar de cerca e incluso sostener con nuestras manos, ¡algo de la Palabra de Vida! Porque es la vida lo que apareció ante nosotros: la vimos, somos todos testigos oculares de ello, y ahora os escribimos al respecto. Fue la misma vida de todos los tiempos, la vida que siempre ha existido con el Padre, que se hizo de hecho visible en persona delante de nosotros. Lo repetimos, vimos verdaderamente y escuchamos lo que ahora os escribimos. Queremos que estéis con nosotros en esto—en esta comunión con el Padre, y Jesucristo, Su Hijo (1ª Juan 1-5, Phillips). ¡Este es el verdadero terreno para la unidad!

Este es el mayor testimonio de que Jesús es el Hijo, y que fue enviado por el Padre. Cuando el mundo vea al mismo ser del Padre reflejado en muchos hijos, no habrá excusa. El llamado a la condición de hijos es mucho mayor que el de meros mensajeros porque los hijos son llamados a ser glorificados con el propio yo de Dios. ¡No hay testimonio más grande que este! Toda la creación testifica de ello desde el primer Adán, el hijo de Dios, al Último Adán, el Hijo de Dios. Él lleva cautiva nuestra cautividad y nos da el don de también convertirnos en los propios hijos de Dios.

Toda la creación testifica del corazón paternal del Padre eterno. Toda la creación que tiene simiente dentro de sí, testifica que los propósitos de Dios son germinales, conteniendo las simientes de los desarrollos posteriores que se llegarán a cumplir en el cumplimiento del tiempo. El propósito para el cual el hombre fue creado es éste. Este es el propósito que fue formado gloriosamente por Cristo “la simiente”, el unigénito del Padre, el *Hijo patrón*. Esta es la razón por la que el *unigénito del Padre se convirtió en el primogénito entre muchos hermanos* (muchos hijos).

## *De niños a Hijos—Transformados a Su semejanza*

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (1ª Juan 3:1-2)

En la primera epístola de Pablo a los Corintios, dice en el capítulo trece, “Más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.” (1ª Cor. 13:10-12).

Yo, Michael, solía trabajar en el negocio de la seguridad, e instalaba circuitos cerrados de televisión y alarmas en bancos y otros negocios. Muchos de estos negocios tenían espejos de dos caras instalados, que todavía eran usados por los detectives de estos negocios. Podían estar tras ellos y observar a los cliente sin ser vistos, atrapando a los ladrones en el mismo acto. Los clientes nunca sabían cuando eran observados. Un día descubrí que se podía derrotar a un espejo de dos caras si se bloqueaba la luz con las manos juntas tapando el espejo y la cara al mismo tiempo. Si el lado reflexivo estaba más oscuro que la parte visible, podías inutilizarlo. Un niño o una persona no entrenada en estas cosas mira a estos modernos “espejos” oscuramente y ve su propio reflejo, pensando que se trata de un espejo normal. Incluso podrían mirarse en este espejo para peinarse, o como los niños, para arrastrarse hasta su propia imagen, y querer jugar.

¿Qué tiene que ver esto con el Reino de Dios y con ver a Dios? Desde la caída del hombre, éste ha escogido su propia luz (se ha hecho “sabio”) y se ha cegado impidiéndose a sí mismo el ver a Dios tal y como Él es. ¡El problema de mirar en un cristal oscuro o espejo es que la primera imagen que vemos es la nuestra propia!

Esto es lo que sucede a la gente que está bajo la ley. La ley es débil en la carne porque cuando un hombre la mira, lo único que puede ver es su rostro natural (lee Santiago 1:23). La diferencia entre niños (bajo la ley o “ayo”, lee *Gálatas 4*) e hijos, es que los hijos no miran a su propia imagen en un cristal oscuro; su madurez les permite ver más allá de eso. Ven a través del cristal oscuro y ven la gloria del Señor a rostro descubierto, *siendo cambiados en esa misma imagen de gloria en gloria* (2ª Cor. 13:12). Los Hijos miran a las Escrituras y ya no ven más su propia imagen. No ven a un dios que está aliado con sus propios deseos y necesidades. No buscan pasajes que justifiquen su lascivia. Leen las Escrituras viendo la imagen de Su Padre y las necesidades *de El*. Miran en el cristal y ven la gloria de *el* Hijo.

Es inquietante ver al pueblo de Dios leyendo sus Biblias solo para encontrar promesas que puedan usar para obtener algo de Dios. “¡Dios, dame un coche nuevo o una casa más grande! ¡Bendice a mi familia! Prospera mi alma, expande MIS fronteras”, etc. Estos miran en el cristal y sólo se ven a sí mismos. ¡No ven al Hijo glorioso, la imagen de Dios, que puede cambiar a niños egoístas y miopes en hijos gloriosos!

Comenzamos como meros hijos en Su Reino, hablando como niños, comprendiendo como niños y pensando como niños. ¡Todo gira a nuestro alrededor! Vemos el Reino en términos de nuestra salvación, nuestros llamamientos, nuestros ministerios, nuestra comodidad, nuestras necesidades y provisiones. ¿Pero como veía Jesús el Reino de Su Padre? El dijo que las obras que Él hizo eran solo las obras que veía hacer a Su Padre y que las palabras que hablaba eran las palabras del Padre. Vivía Su vida para el Padre. ¡Jesús ni siquiera se preocupaba de comer! Cuando Sus discípulos llegaron a Él de la aldea Samaritana con alimentos, Él contestó: “Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió y acabar SU obra”. ¡Ese el plan de adelgazamiento de Dios! No pensaba más, ni entendía ni hablaba como un mero niño. Actuaba y hablaba como un hijo. Los Hijos son llevados por la voluntad de sus padres. Los Niños son llevados por sus propios deseos y ansias.

El hombre carnal nunca verá a Dios como Él es, sino más bien como una mezcla compuesta de los deseos de su propio corazón. Jesús dijo claramente en el sermón del Monte, “Bienaventurados los de corazón puro, porque *ellos* verán a Dios”. El hombre de doble ánimo que tiene un ojo el Reino de Dios y otro en su propia voluntad, siempre será inestable en todos sus caminos. A menos que tu ojo sea limpio, jamás tu cuerpo estará lleno de luz.

Jesús oró, “Que todos sean uno como Tú, oh Padre [estás] en Mí, y Yo en Ti, para que ellos sean uno en Nosotros, para que el mundo crea que Tú Me enviaste”. Cuántas veces yo (Michael), he leído esta oración, que nosotros, la iglesia, seamos uno los unos en los otros... Pero no, eso no es lo que Él oró. Lo que Él oró es que fuéramos todos UNO en el Padre y el Hijo. Esto es lo que significa ser hijos celestiales. La unidad de unos con otros en la iglesia solo puede ser unidad verdadera en la medida en que individualmente seamos UNO EN ÉL (1 Juan 1:7). Esto viene cuando vemos al Hijo y somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria. No va de nosotros (pensando como un niño pequeño), sino que todo gira alrededor del Hijo, la misma imagen de Dios. Debemos mirar más allá del reflejo en el espejo, dejando atrás nuestros sentidos carnales y comenzando a ver, a escuchar, a probar, a oler y a tocar con sentidos espirituales. Debemos “probar y ver qué bueno es el Señor”. Debemos hacer las obras que vemos hacer a nuestro Padre. Debemos hablar las palabras que oímos decir a nuestro Padre. En esto tocaremos el corazón de Dios y oleremos Su dulce aroma—todo con nuevos sentidos que son parte de ser nacidos del Espíritu. Debemos ir más allá de ser meramente nacidos de la carne. Al madurar y llegar a la estatura de hijos, es imperativo que dejemos a un lado las cosas infantiles. Los Hijos son maduros y reflejan el amor de Dios, que es el sello de la perfección o la madurez. El testigo mayor de nuestra condición de hijos es el amor de Dios. Cuando el amor *ágape* se desarrolla completamente en nosotros todos esos otros dones que nos son dados para edificar el cuerpo en AMOR, habrán cumplido su propósito y ya no llamarán nuestra atención por más tiempo. “Más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.” (1ª Cor. 13:10). Tristemente, muchos de los hijos de Dios encuentran su propósito e identidad en los dones y los convierten en un fin. Cuando consiguen “un ministerio”, cesan en su búsqueda de ser conformados a la imagen del Hijo. Han apartado sus ojos de la meta.

Los hijos naturales se centran realmente en más de una cosa a la vez. Para ellos, lo inmediato es lo inminente. Lo único que ven es lo está pasando por delante de sus ojos en un momento dado. Siendo egocéntricos, los niños relacionan todas las cosas consigo

mismos, tomando cualquier cosa que puedan coger con sus manitas, y convirtiéndola en su propiedad exclusiva. Con frecuencia esto va acompañado de “¡Mfo! ¡Mfo!”

Los niños también tienen un sentido del valor equivocado. Luchan por chapas de botellas y canicas. Lo mismo sucede con los niños del Señor. Puedes escuchar su habla infantil resonando por los salones santos de la cristiandad de hoy. “¡Jesús es MÍO! ¡Los dones del Espíritu son MÍOS! ¡El ministerio más importante es MI ministerio! Al hacer un fin u objetivo de los dones y las gracias de Dios, muchos hacen algo tan grande de conseguir su meta delante de sus ojos, que no pueden ver por encima, por debajo, alrededor o a lo largo en lo que respecta a los propósitos eternos de Dios. Para ellos, los dones y las gracias de Dios fueron dados para un propósito no mayor que hacer poderoso y de alta estima al que los tiene.

Dios no da dones espirituales como un padre da juguetes a sus hijos, para usarlos para su diversión y placer. No los da para que uno diga, “Soy un profeta”, otro diga “Yo soy un pastor” y otro diga, “Yo soy un evangelista”, o “esta es mi iglesia y Mi congregación”. ¡Es hora de poner a un lado tanta inmadurez! Los dones espirituales son dados para un propósito mucho más grande que esto. Los dones son dados a los hombres “HASTA que todos lleguemos a la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13).

Los hijos maduros reconocen que nada va sobre ellos mismos. Han visto más allá de las carencias y los escollos de las cosas contemporáneas, y han presionado hacia lo eterno. Ven todas las cosas en relación con los intereses del Padre. Sus ojos no están sobre los dones sino sobre el Dador. Ciertamente, deberíamos ejercitar generosamente los dones que Cristo nos da para la madurez de Su Cuerpo. Pero tenemos que mantener la meta delante de nosotros. Tenemos que recordar que estos dones se nos dan para conseguir un fin deseado, y trabajar con Él hacia ese fin, nunca dejando que los medios eclipsen Su propósito mayor, es decir, muchos hijos a la gloria.

### ***El Proceso Divino***

Hay niños pequeños de Dios y después hay hijos. Hay un proceso divino por el que Dios convierte a Sus niños pequeños en hijos. Pablo escribió:

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” (Romanos 8:16-17).

“Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.” (Hebreos 12:5-8)

Como puedes ver, el Padre no se sienta pasivamente y nos ve crecer para convertirnos en lo que nosotros queramos. Esta falta de madurez es demasiado común en el mundo hoy. Con frecuencia vemos parejas criando a sus hijos todavía controladas por su naturaleza inmadura. El hombre, en su necia sabiduría en contra de Dios y Sus caminos, por su cuenta y riesgo ha re-escrito el libro de la crianza de los hijos y ha golpeado el capítulo que trata con el castigo. El desorden está por todas partes donde mires, pero los verdaderos hijos de Dios siguen la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Abrazan el castigo del Padre y la cruz del Hijo en sus vidas.

No nos adscribimos necesariamente a la enseñanza conocida como “los hijos manifiestos de Dios”, pero tampoco creemos que las escrituras deban ser quitadas de la Biblia porque hayan sido mal usadas. La siguiente escritura ha sido ignorada por causa de su mal uso en el pasado. No arrojemos al bebé con el agua porque hay una gran riqueza de entendimiento en ello. Así que ten un poco de paciencia al revisar de nuevo este pasaje con nuevos ojos.

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación (usado de eventos por medio de los cuales, las cosas, estados o personas hasta aquí apartados de la vista, son hechos visibles a todos) de los hijos (*hujos*—hijos maduros—llegados a la plenitud) de Dios. “ (Romanos 8:19—énfasis nuestro)

Lo único que se dice aquí es que en la economía de Dios, habrá una manifestación completamente adulta de los hijos de Dios que hasta aquí no han sido vistos. En el esquema de la siembra y la cosecha, aún no ha llegado la completa realización, el grano maduro en la espiga. “todavía no es manifiesto lo que somos, pero... seremos como Él”.

Ya hemos mencionado Hebreos 2:10 y el deseo de Dios de llevar muchos hijos a la gloria. Esto no significa necesariamente llevar muchos hijos al cielo en el dulce dentro de poco. Aquí se hace una clara referencia al proceso divino que Dios utiliza para llevar a estos hijos al lugar de la gloria y la dignidad como hijos de Dios. El Padre glorifica a Sus hijos y los hijos glorifican al Padre.

Con frecuencia Dios da un nombre nuevo y hace que crezcan conforme a ese nombre. Por ejemplo, Abram, cuyo nombre fue cambiado a Abraham, “padre de multitudes”. Y esto en relación con la promesa que Él había hecho a Abram de que sería padre de muchas naciones. Dios llama a las cosas que no son como si fuesen. Abraham llevó este nombre mucho antes de recibir al hijo de la promesa. Finalmente, este padre de multitudes tenía más de 100 años y permanecía sin hijos. La esposa de Abraham, Sara, era estéril, pero para empeorar las cosas, tenía 90 años, bien pasada la edad fértil. En su fidelidad, Dios llevó a Abraham a poseer la plenitud que su nombre predecía. Dios escoge no conocer a ningún hombre según la carne, sino a verle a la luz de Su perfecta voluntad. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias... Al que venciere le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito, un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe” (Apocalipsis 2:17).

Esto también fue cierto de Jacob, a quien Él llamó Israel, y de Simón, a quien Él llamó Pedro. Y también es cierto de los hijos. “Porque a los que antes conoció, también los

predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.” (Romanos 8:29-30). En la mente de Dios es un trato ya hecho. A los que Él ha llamado, Él ya los ve como glorificados. ¿Es posible que esto sea lo que maravillaba al apóstol Juan cuando escribió, “Mirad cual amor nos ha dado el Padre al hacernos Hijos de Dios” (1ª Juan 3:1)? Somos llamados a una gloria que está más allá de las realidades presentes de nuestras vidas con frecuencia estériles. “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser...” ¡Aún no se ha manifestado pero lo será! Y tan cierto como la tierra produce fruto de sí, los que somos llamados *hijos de Dios* seremos re-creados en el bien de ese nombre. “...Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”. (Marcos 4:28).

Se acerca el tiempo en que los hijos de Dios serán llevados a la gloria de su nombre y serán glorificados con el propio yo del Padre. Poder crear esto está tan lejos de nosotros, como lo estaba de Abraham y Sara el dar a luz a Isaac en su vejez. Como sucedía con el Hijo, Jesús, esta manifestación de los hijos de Dios no es “voluntad de carne ni de hombre, sino de Dios.” “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1ª Tesalonicenses 5:24).

Confiamos que este pequeño estudio os haya ayudado a comprender mejor el propósito eterno del Padre para muchos hijos *en* Su Hijo. Somos conscientes de que un tema como éste no puede ser cubierto con tal brevedad. Incluso cuando nosotros recibimos esta revelación y comenzamos a escribirla, surgieron muchos versículos a lo largo de toda la Biblia de una forma nueva y excitante, con una mayor profundidad y realidad. E incluso ahora, siguen surgiendo así. No obstante sometemos este escrito creyendo que el Padre abrirá vuestros ojos espirituales para ver a Su glorioso Hijo en una claridad cada vez mayor. Que empecéis a ver vuestro llamamiento como hijos en cada página de las Escrituras, y así, que ¡escribáis los últimos capítulos del libro de la vida como *epístolas vivas de Él!*

Os dejamos con un último pasaje. Por favor, leedlo en oración a la luz de lo que hemos estado compartiendo. ¡Que los ojos de vuestro entendimiento sean abiertos en la plena revelación de nuestro glorioso Salvador! Amén.

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el **espíritu de adopción** (condición de hijos, N.T.), por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. **Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.** Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, **a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.** Porque

sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, **esperando la adopción** (como hijos), la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. **Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.** Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:14-32)